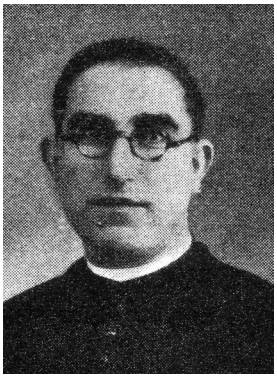
Ángel Alonso Escribano_Causa-Mártires n. 12.qxd 2/3/17 9:08 Página 1



Ángel Alonso Escribano

* Valdunciel (Salamanca) - 18 enero 1897
† Vícar (Almería) - 30 agosto 1936

Nació el 18 de enero de 1897 en Valdunciel, municipio de la comarca de La Armuña, en Salamanca, hijo de don Benito Alonso García y doña Andrea Escribano de Dios, y fue bautizado el día 23 en la parroquia San Vicente Mártir de Valdunciel. Obtuvo los grados de doctor en Teología y licenciado en Derecho Canónico, tras cursar brillantemente los estudios correspondientes en Salamanca y Comillas. Recibió el presbiterado el 11 de septiembre de 1921.

Ejerció su ministerio sacerdotal en la parroquia de Fuenterroble de Salvatierra (Salamanca) desde 1923 a 1926. Posteriormente ingresó en la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos, donde hizo la primera vinculación el 12 de agosto de 1927. Fue prefecto de disciplina en el Seminario de Burgos, desde el año 1926 al 1930, y luego en el de Valladolid, desde 1930 a 1933. Durante el curso siguiente fue prefecto y profesor en el Seminario menor de Belchite. Finalmente fue nombrado prefecto de alumnos y profesor de Lógica en el Seminario de Almería, desde 1934 a 1936.

Destacó por su preparación intelectual: además de poseer el doctorado en Teología y ser licenciado en Derecho Canónico, dominaba a la perfección la filosofía y la estilística latina. Su verdadera vocación de educador la concretaba en el campo académico y científico. Así lo manifiesta su rector en el seminario de Belchite, D. Pedro Piquer, en una carta dirigida al Director General de la Hermandad: «Muy competente y trabajador en la parte académica». Gozaba enseñando a los seminaristas en todas aquellas materias que le encomendaban, hasta el punto de que su horario académico le absorbió casi por completo durante varios cursos; incluso se prestaba a suplir

a profesores enfermos o ausentes con la única finalidad de que los aspirantes al sacerdocio no sufrieran las consecuencias de estas circunstancias, que a veces se prolongaban más de lo debido. Sin embargo, esta faceta académico-científica jamás influyó en su espíritu para aceptar propuestas humanamente más ventajosas y consideradas, prefiriendo siempre ser coherente con su vocación de sacerdote operario al servicio de la formación de los futuros sacerdotes.

Más aún que por su talento, claro y profundo, se distinguió en el Seminario por su piedad y por la formalidad y nobleza de carácter. Como sacerdote y operario dio constantes muestras de infatigable laboriosidad y de sólida formación espiritual y científica. De temperamento vehemente y enérgico, bajo la apariencia de una corteza seria y adusta se escondía un corazón amable, humilde y sencillo. Tal como relata un seminarista, «tenía no sólo nuestra estima y respeto por ser nuestro superior del Seminario, sino porque en todo momento fue ejemplo y estímulo con sus virtudes para los alumnos del Seminario y ayuda cariñosa en nuestras necesidades». Destacaba por su sencillez y pobreza, así como su piedad y devoción al celebrar la Eucaristía.

Al iniciarse la guerra se encontraba en el Seminario de Almería, esperando la vuelta de sus vacaciones del administrador del Seminario, el Beato don Agustín Sabater, también operario diocesano. El 20 de julio la oficialidad de las fuerzas armadas que guarnecían la ciudad se incorporó al alzamiento. El 21 se entabló un duro combate entre las milicias rojas y las fuerzas del ejército nacional, las cuales al atardecer se vieron obligadas a capitular. Con ello, el Frente Popular triunfaba en Almería.

Los operarios –rector, mayordomo y D. Ángel– salieron aquella misma tarde del Seminario con el fin de ocultarse en casas particulares. Don Ángel pernoctó en casa de la tía de un seminarista y a la mañana siguiente marchó con él a un cortijo que distaba poco de la capital, y donde vivían como encargados los padres de dicho seminarista. Allí se hallaban también refugiados dos Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Muy pronto alguien denunció que en aquel cortijo se escondían sacerdotes y religiosos. Así las cosas, el 23 de julio D. Ángel fue capturado y ultrajado. Le llevaron a la ciudad y le tomaron su filiación; nunca negó ante los jueces su condición de sacerdote.

Después lo condujeron al colegio de las Adoratrices, convertido en prisión, y más tarde a la cárcel provincial. Hizo la promesa con otro prisionero de no separarse en el momento de la muerte y de morir gritando: «¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Iglesia Católica!».

El 14 de agosto D. Ángel pensó que había llegado su hora. Se confesó con el mayordomo del Seminario, D. Agustín Sabater, prisionero como él, y cuando a las diez de la noche sacaron a los que habían de regar la tierra almeriense con su sangre, pasaron el resto de aquella noche en oración, después de acordar, en el caso de que les sacaran para fusilarlos, morir abrazados.

El día 17 del mismo mes los trasladaron a las lóbregas y sucias carboneras del barco-prisión Astoy Mendi, donde a la tortura de dormir en el suelo se unía la suciedad del carbón y a veces el calor de las calderas, encendidas a propósito para hacerles sufrir. De su estancia en el barco y de su valentía se dice lo siguiente:

«Durante su cautiverio se distinguió por su firmeza, fervor y valentía. Él fue quien, en unión de uno de los Hermanos, empezó a rezar el Santo Rosario en público, y a los pocos días eran ya casi la totalidad de los presos los que se sumaron a esa manifestación pública de fe y amor a la Santísima Virgen. Un día un miliciano descubrió que llevaba en su pecho un crucifijo y unas medallas de la Virgen, y entre blasfemias e insultos se los arrebató y los tiró al mar, no sin que protestara por semejante proceder, proclamara a voz en grito su fe…».

Estos detalles de lo que ocurría en la prisión o en el barco pudieron saberse o bien por visitas que se acercaban hasta allí, o bien por algunos de los supervivientes que lo han contado.

A don Ángel le tocó padecer las molestias de la limpieza de los retretes y otros departamentos, y la pena de ver profanados la medalla y el crucifijo que llevaba al cuello así como el rosario que guardaba en el bolsillo. Como consecuencia de aquella violenta excitación, quedó con el ánimo muy deprimido, y así continuó en su cruz clavado, unido al Maestro. Sometido a los tratos inhumanos que sufrieron en el barco los prisioneros, allí permanece hasta la madrugada del 29 al 30 de agosto de 1936, cuando fue conducido junto a los Beatos Mons. Manuel Medina Olmos, Obispo de Guadix, y Mons. Diego Ventaja Milán, Obispo de Almería, y un grupo de varios sacerdotes al Barranco del Chisme de Vícar (Almería),

Ángel Alonso Escribano_Causa-Mártires n. 12.qxd 2/3/17 0:08 Página 4

donde padecieron el martirio. Quienes los asesinaron hicieron una hoguera con los cadáveres tras rociarlos con gasolina. Los restos calcinados fueron enterrados en dos hoyos, distantes uno de otro unos 14 metros. A causa de esta quema de los cadáveres los restos no pudieron ser identificados.

Todos los testigos de estos hechos afirman con insistencia que la única razón de la muerte de este grupo de mártires fue ser sacerdotes. La fama de martirio se extendió entre los sacerdotes operarios y los fieles de Almería. Todos aquellos que conocieron a D. Ángel lo tuvieron tras su muerte como un testigo fiel y mártir de Cristo. Así, el breviario que lo acompañó cuando abandonó el seminario para refugiarse en el cortijo sería luego remitido a su madre como *reliquia*, dando fe de la fama de martirio de D. Ángel.

ORACIÓN PARA OBTENER GRACIAS

Dios, Padre nuestro,
que a los beatos Agustín y Ángel, presbíteros,
y compañeros, mártires,
con la ayuda de la Madre de Dios,
los llevaste a la imitación de Cristo
hasta el derramamiento de la sangre,
concédenos, por su ejemplo e intercesión,
confesar la fe con fortaleza, de palabra y de obra.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Para comunicar gracias recibidas o enviar limosnas:

Sacerdoti Operai Diocesani
Via della Cava Aurelia, 145
I-00165 ROMA

Sacerdotes Operarios Diocesanos
Vallehermoso, 38, 1.º
E-28015 MADRID

postulacion@sacerdotesoperarios.org - www.sacerdotesoperarios.org